

Mira en la Licia, y al año siguiente enviaron dos nuevas escuadras á las mismas aguas; pero entonces cayeron sobre los moros el gobernador del distrito militar de Tracesion y Constantino Chages, gobernador militar del distrito que comprendía la costa asiática de la Caria hasta la Panfilia. Entre ambos destrozaron completamente las dos escuadras, y considerando á los prisioneros que hicieron como piratas, ahorcaron á unos y empalaron á otros con la crueldad acostumbrada en tales casos, durante la navegacion á lo largo de la costa asiática desde Adramition hasta Estrobilos. Entre los guerreros que tripulaban los buques bizantinos hallóse Haraldo con sus noruegos, los cuales en esta expedicion, como despues en otras en que atacaron á los moros en la misma costa de Africa, hicieron una feroz carnicería entre los piratas mahometanos.

En estas circunstancias preparó el gobierno bizantino lo necesario para reconquistar la isla de Sicilia, á fin de destruir estotra guarida de corsarios é ir acabando fundamental y sistemáticamente con aquella plaga. El momento era muy favorable para la reconquista de tan hermosa y rica isla, porque los emires que en ella mandaban se habian hecho independientes de los califas fatimitas y despues se habian destrozado entre sí. Por otra parte, desde 1055 los soberanos de Túnez, que como los de Cairvan y Fez se habian declarado independientes de los califas del Cairo, habian hecho varias tentativas para establecerse tambien en la isla. La mas enérgica de estas, fué la que hizo el sultan Moez-Ibn-Badis, cuyo hijo Abdalá sitió tan estrechamente á Palermo, que su emir Amed-Ayal solicitó el auxilio del emperador bizantino; pero como Abdalá murió asesinado al poco tiempo, no pudo intervenir el imperio. Poco despues estalló una guerra entre el emir Abulafar y su hermano Abucab, y el primero solicitó tambien el auxilio de las armas bizantinas; pero al saber las grandes victorias que estas acababan entonces de alcanzar, prefirieron los dos hermanos reconciliarse para poder defenderse unidos contra las fuerzas de Miguel IV. En efecto, éste emperador envió en 1038 al patricio Maniaces, que tantos lauros habia adquirido ya por mar y tierra, y que se hallaba á la sazón operando en Italia, la órden de arrojarse con todas sus fuerzas marítimas y terrestres sobre la codiciada isla. Mientras la corte de Constantinopla se esforzaba en ponerse en buenas relaciones con el imperio de Occidente, para no verse molestada por este lado durante la campaña, Estéban, el hermano de Miguel, llevó una numerosa escuadra al Faro de Mesina, y Maniaces reunió en la Calabria un ejército considerable al cual se agregaron voluntarios longobardos de Salerno, 300 normandos franceses enganchados en Italia y mandados por el duque Guillermo Testaferro, las tropas del catapan Miguel Doceanos, y los varangos á las órdenes de Haraldo. Maniaces era un gran capitán, tanto que el imperio no tenia entonces otro que le igualara; pero tambien tenia sus defectos. Uno de ellos era cierta inclinación á las intrigas, unida á un orgullo de superioridad aristocrática y de raza, mezclada con un poco de envidia. Por eso tuvo repetidas desavenencias con Haraldo; pero era maestro en el arte de entusiasmar á sus soldados y hacerlos embestir y llevar á cabo las empresas mas atrevidas. Estratégico consumado, combinaba sus campañas y batallas con admirable prevision y acierto, é incansable en aprovechar además toda clase de estratagemas, era el asombro y el terror de sus contemporáneos. Personalmente valentísimo, arrollaba con sus embestidas tremendas á todos los adversarios. Así tambien alcanzó victorias pasmosas en la campaña siciliana del año 1038, que abrió brillantemente con la toma de Mesina, derrotando además completamente cerca de Rametta á un gran ejército árabe, que habia llegado de Africa para auxiliar á los maho-

metanos de Sicilia. Con estas dos victorias cayó la mayor parte de la isla en manos del vencedor, el cual en seguida hizo construir fortalezas en todos los puntos importantes, pudiendo juzgarse de su solidez por el llamado «Castillo de Maniaces» que mandó construir en Siracusa y cuyas gruesas murallas y torres macizas se han conservado hasta hoy. En la primavera del año 1040 enviaron los moros africanos otro ejército á la isla; pero tambien lo destrozó Maniaces completamente, cerca de Dragina ó Traina.

Por desgracia inutilizó tan asombrosas victorias la fatal política de favoritismo personal que dominaba en la corte bizantina, la cual confiaba puestos importantes á personas ineptas con tal que tuviesen influjo y protectores en la corte. Así sucedió que el almirante Estéban tuvo la torpeza ó la ligereza de dejar escapar al Africa los restos del ejército derrotado, lo cual irritó tanto á Maniaces, que abofeteó al almirante en la entrevista que con él tuvo. Estéban acudió en queja á su cuñado Juan, el ministro entonces omnipotente, al cual insinuó tambien que Maniaces alimentaba proyectos ambiciosos y traidores. El resultado fué que el gobierno cometió las dos gravísimas faltas de prender y conducir á Constantinopla al general en jefe, algo violento, pero siempre vencedor, y de dar el mando superior de las fuerzas y de la isla al almirante inepto. Bajo la torpe dirección del nuevo jefe, no tardó en perderse todo lo que Maniaces habia ganado, menos la ciudad de Mesina que se conservó por los esfuerzos del valiente general Catacolon, militar digno de su jefe destituido.

Entre tanto habian ocurrido sucesos no menos lamentables en la península balcánica. Cuando todavía estaban las escuadras bizantinas peleando con los corsarios africanos, los pechenegos en 1035 y 1036 invadieron desde el Danubio el imperio y recorrieron la Tracia y la Macedonia á manera de fieras, robando, matando, incendiándolo todo á su paso y llevándose innumerables prisioneros al otro lado del Danubio, despues de amenazar seriamente la segunda capital del imperio, Salónica.

Mucho peor, si no para los habitantes, para el gobierno y la integridad del imperio, fué la sublevación de los búlgaros y servios contra el gobierno central de Constantinopla, cabalmente cuando acababa de hacerse el fatal cambio de jefes en Sicilia.

Los sucesores del poderoso emperador Basilio II, incapaces de continuar su obra, no quisieron ó no pudieron establecer colonos griegos ó grecizados, ya europeos, ya asiáticos, en las comarcas despobladas de las provincias búlgaras del Norte y del Oeste, para grecizar y por lo menos desunir la población exclusivamente eslava. Poco á poco fueron ocupando estos distritos desiertos los válacos, como los llamaban los eslavos, ó mejor dicho, los servios. Eran los descendientes de los restos de los antiguos habitantes latinizados que se habian librado de los innumerables asesinatos y devastaciones con que las oleadas de tantos pueblos bárbaros habian asolado las provincias entre el Danubio y el Mar Egeo, y que refugiados en los puntos mas escabrosos é inaccesibles de sus montañas, se habian hecho pastores semi-nómadas. Con el exterminio parcial de los búlgaros por Basilio II empezó una nueva época para estos pastores montaraces latinizados, los cuales penetraron paulatinamente y se establecieron en las llanuras desiertas, donde prosperaron y aumentaron rápidamente en número.

Los búlgaros y los servios entre tanto tascaban impacientes el freno, deseosos de sacudir el yugo bizantino y hacerse otra vez independientes; pero poco á poco se habrian acostumbrado al gobierno regular y habrian olvidado su antiguo poderío y libertad, si el ministro Juan con sus disposiciones

durísimas no los hubiese reducido al extremo de rebelarse, mientras la misma población griega en las demás provincias estaba tambien y por la misma razón descontenta en alto grado. Lo que hizo estallar la mina fué la órden de pagar el oneroso impuesto en [metálico, en lugar de hacerlo en productos como era la costumbre desde antiguo.

El movimiento partió de la Servia, y la señal del levantamiento fué dada en la primavera del año 1040 por Estéban Bogislao, vástago de la familia de Uladimiro, y jefe de Zeta y Trabunia, casado con una nieta del rey búlgaro Samuel. En un instante generalizóse la revolucion y dejóse apenas tiempo al gobernador militar bizantino, Teófilo Erótico, para ponerse en salvo abandonando el país. Un ejército enviado contra los rebeldes tuvo que retirarse con grandísimas pérdidas despues de inútiles tentativas para atacar á las fuerzas sublevadas en las regiones montuosas del país, donde tenian su centro. El buen éxito de la rebelion servia no tardó en tener eco entre los búlgaros que se sublevaron en distintos puntos de su vasto territorio. En el verano del mismo año 1040 salió de Constantinopla Pedro Deleanos (ó Delyan), que pasaba por ser hijo del infortunado czar Gabriel, y de consiguiente nieto de Samuel, y se dirigió á Nich, en el Norte del territorio búlgaro, donde llamó al pueblo á las armas contra sus opresores. El pueblo le recibió y escuchó con tan grande entusiasmo, que al instante fué proclamado czar y pudo dirigirse con una numerosa hueste que á cada paso se iba engrosando á Skóppe, centro militar de todo el país. Salió contra las masas rebeldes Basilio Sinadenos, el estratego ó gobernador militar griego de Dirráquio; pero llegado que hubo á Dibra en Albania, recibió órden de entregar el mando al general Miguel Dermocetes que á fuerza de intrigas de camarilla habia conseguido la destitucion de aquel funcionario. Dermocetes, con su dureza imprudente y su impaciente codicia, apresuró la conflagración general. El pueblo eslavo de todos los distritos occidentales se levantó como un solo hombre contra el gobierno; los regimientos bizantinos compuestos de eslavos, se pronunciaron y pasaron á los sublevados, y uno de sus jefes llamado Ticomiro fué proclamado czar.

En Constantinopla lisonjeóse el gobierno con la esperanza de que los dos czares Deleanos y Ticomiro se destrozarian mutuamente; pero se engañó, porque si bien marcharon uno contra el otro con sus huestes, apenas estuvieron frente á frente los dos bandos, Deleanos supo inflamar á ambos de tal suerte que súbitamente se volvieron contra Ticomiro, y allí mismo lo lapidaron. Entonces puesto el astuto Deleanos á la cabeza de todos los sublevados reunidos, marchó directamente contra Salónica donde se hallaba á la sazón el emperador Miguel IV, el cual, careciendo por el momento de fuerzas suficientes para una seria resistencia, se retiró á Constantinopla. Viendo tan grande impotencia varios altos funcionarios públicos, hijos de Bulgaria, se pasaron á los sublevados, entre otros el chambelán del emperador, Ibatzes, que se llevó los fondos que el emperador le habia confiado. Todo esto puso á Deleanos en estado de organizarse, de formar un plan de operaciones é imponer tributos por medio de sus generales á las provincias propiamente griegas, desprovistas de tropa y además descontentas. Así el vaivoda búlgaro Caucan á fines del verano de aquel año (1040) se apoderó de la fortísima plaza de Dirráquio; el pueblo eslavo de la circunscripción militar de Nicópolis se sublevó asesinando al director de hacienda y de contribuciones Juan Cuzomices, y el jefe búlgaro Antimos penetró hasta mas allá del centro de Grecia, y destrozó junto á los muros de la floreciente ciudad industrial de Tebas las fuerzas del general Alacaseo, aumentadas con las milicias de la provincia. Si los caracteres

rúnicos grabados en el lomo de los antiguos leones de bronce que adornaban el Pireo y que posteriormente se llevaron los venecianos para adornar con ellos la entrada de su arsenal, significan lo que los eruditos pretenden, los búlgaros llegaron hasta apoderarse del puerto de Atenas, pues que segun parece que cuentan aquellos caracteres rúnicos, el noruego Haraldo con sus varangos recobró aquel puesto posteriormente, venciendo á los búlgaros sublevados.

Esta revolucion tan formidable quedó no obstante vencida cuando mas imponente se presentaba. En efecto, en el mes de setiembre del año 1040 presentóse á Deleanos en su campamento cerca de Ostrovo, el príncipe búlgaro Alusiano, hermano del último czar Uladislao, que hasta entonces habia estado al servicio del imperio y ejercido un alto mando militar en la Armenia, pero que ultrajado cruelmente por el ministro Juan, habia abandonado su puesto y tomado el partido de sus compatriotas. Deleanos recibió á su pariente con grandísimo júbilo y le confió un ejército de 40,000 hombres, con el cual Alusiano atacó inmediatamente la ciudad de Salónica. Allí, sin embargo, fué contraria la fortuna á los búlgaros y por aquella vez venció San Demetrio. Los guerreros de Alusiano atacaron durante seis días la plaza con coraje feroz sin poder conseguir ventaja alguna; y al cabo de este tiempo, el 29 de octubre, los heroicos ciudadanos y la guarnicion hicieron una salida tan impetuosa, que derrotaron completamente al enemigo el cual huyó con pérdida de 15,000 hombres.

Esta desgracia destruyó la confianza y la union en el campo búlgaro; y mientras el emperador Miguel IV proseguia enérgicamente sus preparativos, llegaron los conflictos entre los búlgaros á tal extremo, que Alusiano se apoderó de la persona del czar Pedro Deleanos despues de haberle embriagado con esta intencion en un banquete, y le hizo sacar los ojos el 3 de junio 1041. Con esto quedó tambien comprometida su seguridad entre los búlgaros, y huyendo del peligro, apresuróse á hacer la paz con el emperador, á quien encontró ya en Mosinópolis, teniendo el grueso de sus fuerzas formidables en las inmediaciones de Salónica. Desde entonces poco trabajo costó al gobierno imperial sofocar la sublevación. Cerca de Prilep hizo prisionero á Deleanos privado ya de la vista, y á Manuel Ibatzes, y á principios de diciembre de 1041 los ejércitos y columnas volantes bizantinas habian restablecido la tranquilidad en toda la vasta península despues de algunas acciones de poca importancia en Albania y cerca de Triaditza. Sin embargo, el pueblo búlgaro era demasiado numeroso y terco para dejarse grecizar en masa como los eslavos establecidos en la Morea. No bastaron para ello la influencia de la Iglesia, ni la actividad de sus representantes, ni la supresion del patriarcado de Acrida por Basilio II; la Iglesia búlgara conservó su autonomía, y los arzobispos de Acrida llamados autocéfalos por los historiadores bizantinos, eran la autoridad eclesiástica suprema, en un territorio dilatadísimo que se extendía á orillas del Danubio; entre las diócesis de los metropolitanos de Dirráquio y de Silistria, esta con cinco sufragáneas dependientes del patriarca de Constantinopla. Basilio II en 1019 habia nombrado arzobispo de Acrida al abad búlgaro Juan de Dibra, pero á la muerte de este el gobierno de Constantinopla adoptó el sistema prudente de conceder tan elevado cargo solo á eclesiásticos griegos. Entre ellos se distinguió por varios conceptos, tanto como bajo el punto de vista literario, Teofilacto natural de Eubea, que ocupó la citada silla metropolitana desde 1085 ó 1088 hasta 1107. De esta manera Acrida, plaza mercantil importante, fué el verdadero foco y baluarte de la obra de grecización de los búlgaros, que determinó entre estos últimos á muchos individuos celosos de

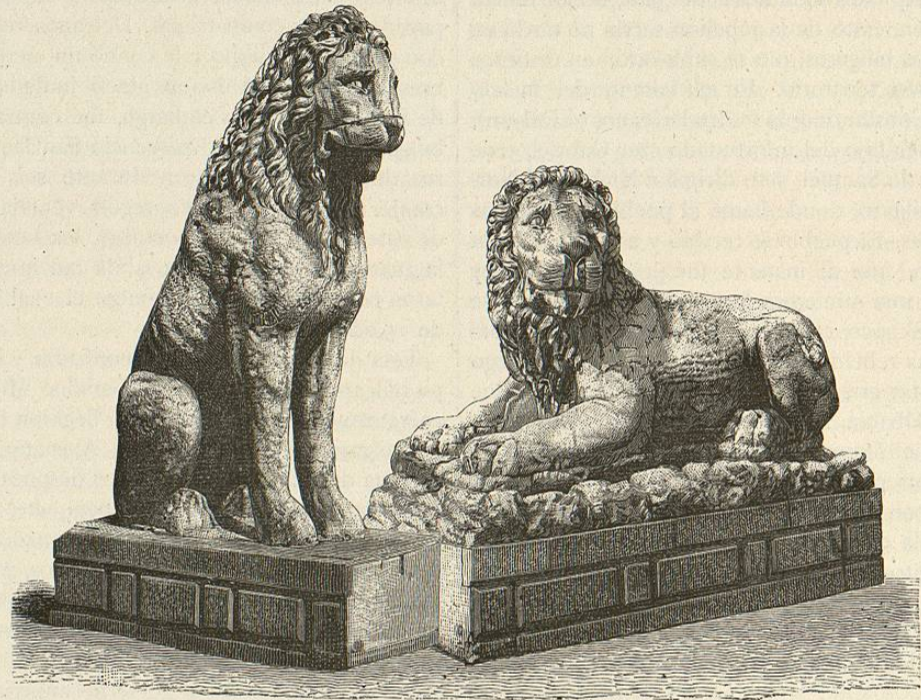
su nacionalidad á ingresar en la secta de los bogomiles.

Sometidos ya los búlgaros por la fuerza de las armas, el gobierno, al principio del reinado de Constantino IX, hizo una tentativa inútil para someter desde Dirraquio al pueblo servio, el cual supo defenderse tan bien, que por muchos años se le dejó en paz. El rey ó Kral, que era entonces Miguel, hijo de Estéban Bogislao, reinó desde 1050 hasta 1084 enteramente independiente, y siguiendo la antigua política instintiva de los eslavos meridionales, siempre temerosos de verse absorbidos por los bizantinos, estableció relaciones con Roma, consiguiendo que el papa Gregorio VII reconociera su dignidad real.

De todos modos fué para Constantinopla una fortuna grandísima el haber podido someter al pueblo búlgaro y conjurar este peligro capital y permanente antes de que acomete-

tieran al imperio por dos puntos diferentes otros nuevos enemigos. Fueron estos los normandos franceses que dieron á conocer su fuerza indómita en Italia y en el Oriente, ocurriendo la primera colision en la Pulla en la Italia meridional.

Desde el tiempo de Melo, el rebelde de Bari, se habia ido aumentando sin cesar en la Italia meridional el número de estos franceses descendientes de los normandos escandinavos, ya como soldados mercenarios y aventureros, ya como peregrinos. Temidos en ambos conceptos por su audacia brutal y su valor impetuoso, al fin llegaron á desempeñar un papel muy importante en las continuas contiendas locales entre los pequeños magnates longobardos, y entre los bizantinos, los árabes, los papas y los emperadores alemanes, cuyos intereses, proyectos y tendencias se cruzaban á cada instante y en



Leones de la entrada del Arsenal de Venecia

todas partes. Sucedió un día que el duque Sergio de Nápoles para recompensar al caballero normando Rainulfo por sus grandes servicios contra el ferocísimo duque de Capua, Pandulfo IV, le concedió la mano de su hermana á la cual dió por dote un territorio feraz en la Campania, entre Nápoles y Capua. En el centro de aquel territorio construyó Rainulfo en 1030 el castillo de Aversa, y adoptó el título de conde de Aversa, que en 1038 le fué confirmado con toda solemnidad por el emperador alemán Conrado II como señor feudal superior, con lo cual entró el conde Rainulfo en el número de los magnates italianos del imperio. Este nuevo conde fué el primer normando francés dueño reconocido de un territorio en Italia: tierra de promision desde entonces para aquellos guerreros, cuyo número se fué aumentando de un modo cada vez mas alarmante.

El orgulloso general bizantino Maniaces, que segun hemos dicho empleó en la brillante conquista de Sicilia un cuerpo de 300 aventureros franceses, habia tenido repetidas veces cuestiones con ellos con motivo del reparto del botin. Por eso apenas fué destituido por su gobierno el temible Maniaces, y excitados por un adversario de los bizantinos en Italia, invadieron á principios del año 1041 el territorio de la Pulla, para indemnizarse á su manera, conducidos por su caudillo

Guillermo, hombre de hierro, y sus nueve hermanos, hijos del conde Tancredo de Hauteville. Apoderáronse por traicion de la plaza de Melfi, y en 17 de marzo de 1041 destruyeron completamente junto al Olivento cerca de Venosa al ejército bizantino, superior en número y del cual formaban parte cuerpos rusos y asiáticos. En 4 de mayo del mismo año las fuerzas bizantinas sufrieron otra derrota capital junto al Ofanto, mandadas en ambas batallas por el catapan Doceano el Menor. Esta vez sin embargo fueron los normandos unidos á las tropas del duque de Benevento los que derrotaron al infortunado catapan, el cual fué inmediatamente relevado por el emperador Miguel IV y sustituido con un hijo de Basilio Bugiano, que en 1018 habia sido muy afortunado contra los normandos. El nuevo catapan fué tambien vencido cerca de Monte Peloso y hasta cayó prisionero en manos del duque de Benevento; pero por fortuna deseando este desembarazarse de los normandos turbulentos y rudos, y conquistarse las simpatías de la corte de Constantinopla, dió libertad á su prisionero. Los normandos en cambio se aliaron en febrero de 1042 con el griego Argiro de Bari, hijo del anciano Melo, con cuyo auxilio alcanzaron repetidas, rápidas é importantes ventajas.

Al saber esto el sucesor de Miguel IV, Miguel Calafate,

puso inmediatamente en libertad al eminente y perito Maniaces, y le envió á Italia, donde á la sazón solo conservaba el imperio bizantino á Brindis, Otranto y Tarento como puntos propios para servir de base á una nueva campaña. La llegada á Tarento en abril de 1042 del temido vencedor de Dragina hizo inclinar inmediatamente la balanza en favor de Constantinopla. Maniaces conquistó Matera, consiguió una grande y sangrienta victoria sobre los normandos cerca de Monópolis, y despues castigó duramente á las poblaciones que se habian pronunciado contra el gobierno bizantino. No tardó sin embargo en cambiar de nuevo la escena. La subida al trono imperial de Constantino Monomaco y de la Scleraina paralizó por de pronto las operaciones en Italia, y les dió luego un rumbo muy distinto, porque Maniaces, que del nuevo emperador y de su corte nada bueno podia esperar, se sublevó á su vez á fines del verano de aquel mismo año 1042, se hizo proclamar emperador, y aumentó su ejército con normandos, franceses é italianos mercenarios. En situacion tan crítica el gobierno de Constantinopla logró sobornar á Argiros, hijo de Melo, y hacerle abandonar el partido normando, nombrándole patricio del imperio y catapan de Italia, con lo cual salvó la mayor parte de la Pulla, pero nada pudo contra Maniaces que rechazó un ataque dirigido contra su ejército, y otro cuando en octubre de 1042 trató el catapan nuevo de tomar la ciudad de Bari. En febrero del año siguiente embarcóse Maniaces con sus fuerzas en Otranto y pasó á Dirraquio al otro lado del Adriático para marchar sobre la capital y quizá sublevar de paso á los poco seguros búlgaros; pero, como hemos dicho ya, en medio de su carrera victoriosa un soldado de las tropas leales le mató de un flechazo en un encuentro cerca de Ostrovo. Sus mercenarios pasaron al servicio del gobierno legítimo y formaron durante mucho tiempo un cuerpo especial llamado de los maniacetas. Es probable que el gobierno de este gran capitan habria sido mas fructífero para el imperio que el de el inepto Constantino Monomaco.

Por lo pronto quedó el gobierno bizantino libre del peligro de Maniaces y de los normandos, porque los que quedaron de estos últimos en Italia tuvieron por algunos años otros peligros á que hacer frente que no les permitieron pensar en desafiar el poder bizantino. Su jefe, el ya citado Guillermo de Hauteville, llamado el Hombre de hierro, habia sido aclamado por ellos conde de la Pulla, despues de la conquista de esta comarca, y en tal calidad habia sido confirmado é instalado en Melfi en setiembre de 1042 por Rainulfo de Aversa, el señor feudal de los normandos. Este nuevo conde de la Pulla tuvo en 1044 diferentes encuentros con las fuerzas bizantinas, y cuando murió en 1046, le sucedió su hermano Drogo en sus derechos. Drogo en 1047 recibió el condado en feudo, con todas las formalidades acostumbradas, del emperador alemán Enrique III, sin hacerse ningun caso del derecho del imperio bizantino.

En cambio el duque de Benevento volvió á reconocer la soberanía de Constantinopla para defenderse mejor contra los normandos; pero á fines del año 1050 le arrojaron de su ciudad y territorio los habitantes mismos y se pusieron bajo la proteccion del papa Leon IX. Despues en 10 de agosto de 1051 fué asesinado el conde Drogo en Monte Allegre á instigacion del gobierno bizantino, lo cual excitó á los normandos á cometer nuevas y sangrientas atrocidades, hasta que el papa se vió precisado á excomulgar á los feroces aventureros, declarándoles al mismo tiempo la guerra de acuerdo con el catapan griego Argiro que mandaba en Bari. Entonces levantóse contra los aborrecidos extranjeros todo el pueblo italiano y griego en masa. Cerca de Civitate á orillas del rio Tortore, el *Teanum Apulum* de los antiguos, encontrá-

ronse frente á frente el ejército pontificio y el normando acudillado por Humfredo, hermano de Drogo. El primero fué derrotado y el papa cayó prisionero; pero los normandos tan devotos como hábiles, se inclinaron ante el papa, y le rindieron homenaje con la humildad que corresponde á los hijos obedientes de la Iglesia, con lo cual consiguieron que se levantara la excomunion fulminada. Así, aunque la paz política entre ellos y Roma no se firmó definitiva y formalmente hasta el año 1057, despues de la muerte del papa Leon IX, ocurrida el 19 de abril de 1054, nada tuvieron ya que temer por aquel lado, despues que hubieron derrotado tambien á Argiro con su ejército bizantino cerca de Siponto. Tanto Leon como su sucesor el papa Víctor se vieron demasiado ocupados en una nueva y terrible lucha eclesiástica que encendió en aquel tiempo, segun veremos luego, el patriarca de Constantinopla Miguel Cerulario. Esta paz entre el papa y los normandos no fué alterada por el tratado de amistad que la emperatriz Teodora firmó despues de la muerte del emperador Monomaco con el emperador de Alemania Enrique III en el año 1054, á pesar de estar dirigido este tratado principalmente contra los normandos. Estos continuaron siendo un peligro permanente para las posesiones bizantinas en Italia cuya poblacion se iba grecizando rápidamente por efecto de los esfuerzos de los emperadores de la dinastía de los Basilio; y este peligro se hizo pronto poco menos que mortal, no solamente para las provincias del Mediodía de Italia, sino tambien para el mismo imperio bizantino cuando, á la muerte de Humfredo ocurrida en el año 1057, le sucedió en el condado de Apulia su hermanastro, el esforzado y célebre Roberto Guiscardo, que en el año 1055 habia ya conquistado la ciudad de Otranto.

Mientras así estaban las cosas en Italia, otros enemigos no menos temibles traian desalentadas las fuerzas bizantinas en el Norte y el Este del imperio, el cual en tan grandes apuros no tenia ya jefes como Maniaces y Harald. Cabalmente entonces vióse la península balcánica en la misma situacion angustiosa que cuando las invasiones de los búlgaros y magyares. En el año 1043 los rusos, cuando menos se pensaba pusieron en grandísimo apuro á la capital del imperio. El caso fué que un ruso distinguido habia perdido la vida en un tumulto callejero, y su soberano Yaroslao no quiso admitir la satisfaccion ni la indemnizacion que el emperador le ofreció para evitar una cuestion internacional. Los rusos, en sus relaciones con el imperio, ya como mercenarios en el ejército, ya como comerciantes establecidos en su arrabal á orillas del Cuerno de Oro, habian conocido demasiado la parte flaca y los apuros del imperio para que no se suscitara en la corte de Kieff el deseo de aprovecharlos, y la ambicion de emprender alguna expedicion provechosa como las muchas que habian emprendido los escandinavos. En efecto, el caudillo Bicata, y Uladimiro, el hijo del soberano ruso, condujeron una numerosa hueste de rusos y escandinavos al Mar Negro, donde se embarcaron en direccion del Bósforo. A los ofrecimientos de paz que hizo el emperador contestaron los rusos con exigencias desmesuradas, de suerte que no hubo mas remedio que prepararse para una lucha enérgica. Como medida de precaucion ordenó el emperador la prision de todos los comerciantes y soldados rusos que se hallaban en el territorio del imperio, los cuales quedaron incomunicados y bien vigilados. Además hizo armar y artillar todos los buques de guerra que habia en el puerto, enviándolos al encuentro de los rusos, bajo el mando del general Basilio Teodorocanon. La primera accion quedó indecisa; pero en la segunda acometida el jefe bizantino derrotó á la escuadra rusa, una tempestad que sobrevino acabó de dispersarla, y los buques que pudieron salvarse fueron deshechos por otra tempestad